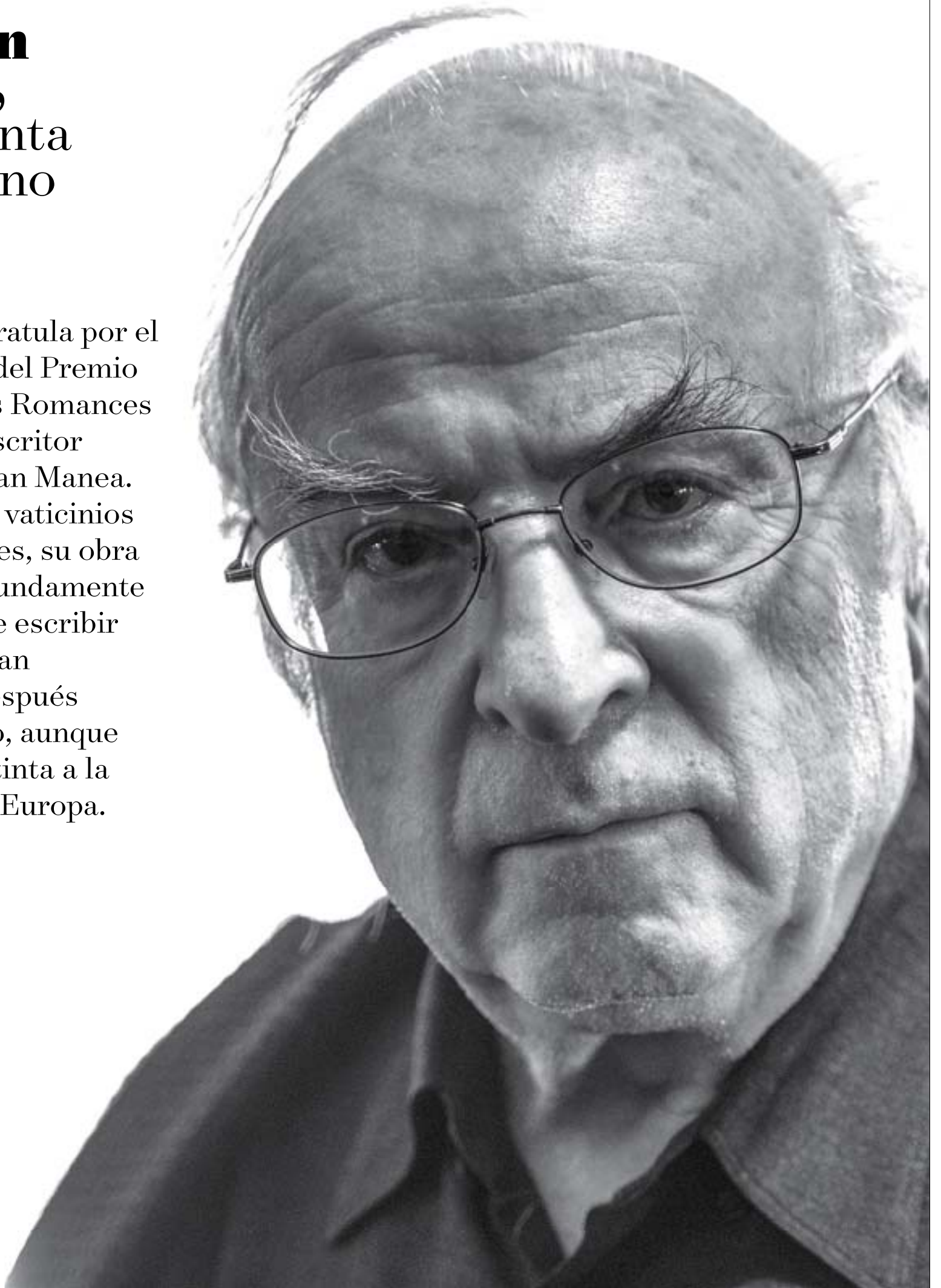


Norman Manea, la impronta del destino

RAMÓN COTA MEZA

El FCE se congratula por el otorgamiento del Premio FIL en Lenguas Romances 2016 al gran escritor rumano Norman Manea. Contra ciertos vaticinios desmoralizantes, su obra demuestra rotundamente que sí se puede escribir literatura —gran literatura— después del Holocausto, aunque de manera distinta a la precedente en Europa.



Los escritores del Holocausto y el totalitarismo suman legión, pero son pocos los que han logrado penetrar el núcleo de la condición humana a través de las muchas capas de horror de esos infiernos del siglo xx. Norman Manea es uno de ellos, con la singularidad de que, después de haber vivido la experiencia del campo de concentración nazi en su infancia, vivió la “utopía envenenada” del régimen comunista antisemita de Nicolae Ceausescu, hasta que se marchó a Berlín occidental protegido por una beca, y luego a Nueva York, protegido por otra beca, donde ahora vive un “trauma privilegiado”, según sus palabras. Y aun en los Estados Unidos ha sido objeto de ataques denigrantes desde la Rumania poscomunista.

Los habitantes de este lado de Occidente debemos admitir la dificultad de escribir o reflexionar con honestidad sobre acontecimientos tan funestos, pues no hemos vivido nada parecido. Esto no significa negar los horrores y sufrimientos de nuestros propios pueblos; es sólo que éstos no son nada en comparación con los de la Europa de

aquellos años. Aquí la gente también muere de desnutrición, enfermedades prevenibles y hasta por motivos políticos, pero la aniquilación deliberada, planificada y sistemática de pueblos enteros por odio racial no ha tenido lugar en nuestra experiencia... hasta ahora.

Este peligro es uno de los principales motivos de reflexión de Norman Manea: “El Holocausto no es una tragedia de los judíos, también es una tragedia alemana y, en última instancia, una tragedia humana en general [...] La vergüenza alemana no es sólo alemana, sino de toda la humanidad. Quien no ve en el Holocausto el cuestionamiento de lo humano en sí, no tiene posibilidad alguna de percibir sus verdaderas dimensiones y su auténtico significado”.

Sobre los peligros de las sociedades actuales, Manea advierte: “Tras la derrota del fascismo y la caída del comunismo, la sociedad abierta parece que pasa también por una profunda crisis, por una pérdida de coherencia, decencia, generosidad y grandeza. La necesidad de un contrincante —ya sea étnico, ideológico, sexual o religioso— anima y desconcierta a la vez al mundo del capitalismo global hoy [...] Hay sin duda enormes diferencias

entre una sociedad cerrada, deformada por el terror, el miedo y la miseria, y una sociedad abierta, deformada por la competencia egoísta y la publicidad vulgar [pero] la modernidad y su nueva fase de competencia global trajeron con una intensidad nueva e incomparable el problema del extranjero, el exilio, el inmigrante: un desconocido que se percibe como distinto, normalmente como dificultad, incluso como una abierta amenaza a la unidad nacional o al emblema religioso, un provocador peligroso que fermenta la rebelión y la revuelta, la tormenta y el desastre [...] ¿Y qué ocurre con el terrorismo, el fanatismo, la creciente distancia entre ricos y pobres, la corrupción política, las múltiples redes antiterroristas y la vigilancia electrónica planetaria? ¿Cómo podemos responder a estos nuevos desafíos sin incurrir en los errores de ayer y de esta mañana? [...] ¿Cómo debería pensar un exiliado de una vieja dictadura comunista [...] sobre [Edward] Snowden, que armó una increíble operación de des-enmascaramiento de la supervisión secreta de casi todo el mundo en una sociedad libre?”

Pensar el Holocausto como un cuestionamiento de lo humano en sí, más allá de los prejuicios

étnicos y de las coyunturas políticas, implica desmontar la “industria del Holocausto”, su instrumentalización por motivos políticos rastros, comerciales y mediáticos, y su utilización como “garrote moral” contra Alemania y los alemanes. En cuanto a esto, la postura de Manea es radical pero también escéptica: “No soy, lamentablemente, un creyente, pero confieso que la prohibición judía de promover el nombre de Dios o de atribuirle un semblante, siempre me pareció más pertinente que la excesiva iconografía, de cuento ilustrado, que promueven otras religiones. Para el cataclismo humano que lleva el rótulo de “Holocausto” tal vez hubiese deseado, pues, un silencio austero, codificado, intangible. Pero no tengo la seguridad de que haya solución real para semejante dilema”.

Dilema que quizá nadie ha expresado más concisamente que Samuel Beckett en 1949: “No hay nada que expresar, no hay con qué ni desde dónde expresarlo... y, pese a todo, es obligatorio expresarlo”. Norman Manea lo recoge así: “...no podemos renunciar a evocar el pasado, ni su carga ni su significado, por insoportables que resulten las vulgarizaciones, por lamentables que sean las distorsiones a las que está sometido ese mismo pasado”. Imre Kertész ha ido más lejos, reconoce Manea: “Auschwitz fue la culminación natural de la historia que lo precedió y nada de lo sucedido posteriormente lo ha invalidado... Los crímenes contra la humanidad continúan, se suceden de hecho todos los días, con la regularidad con que gira la Tierra, imperturbable, alrededor del Sol y sobre su eje cada vez más incierto”.

Norman Manea fue deportado a los cinco años de edad con sus padres al campo de concentración de Transnistria, Ucrania, en 1941, por el gobierno del general Ion Antonescu, aliado de Hitler. Antonescu declaró entonces: “Tienen que enterarse todos que no estamos en lucha contra los eslavos, sino contra los judíos. Es una lucha a muerte. O vencemos nosotros y purificamos el mundo, o vencen ellos y seremos sus esclavos”.

En el cuento “El jersey” de Manea, un niño recuerda a su padre trabajando en el campo de concentración como panadero a cambio de un cuarto y un trozo de pan al día. La madre salía los lunes a trabajar como tejedora en los pueblos vecinos y regresaba los viernes con un saco de verduras marchitas. Entraba sin ver ni saludar a nadie, sólo daba vueltas como loca en el cuarto desnudo, hasta que se serenaba, vaciaba el saco y repartía las raciones en silencio.

El cuento “Octubre a las ocho” describe una pareja que podría ser la de los padres de Manea a su regreso a Rumania: “Una relación entre huérfanos extraños, perdidos en el ancho mundo, extraviados en el desierto, apretados desesperadamente el uno contra el otro, sólo así se sentían protegidos... Siempre que uno se derrumbaba, el otro asumía la carga durante breve tiempo, uno recuperaba sus fuerzas y luego volvían a cambiar los papeles, como niños que se hacen los valientes”.

El significado de escribir después del Holocausto está resumido en el cuento “El té de Proust”, donde Manea contrasta el desencadenamiento de la imaginación del escritor francés al recordar el olor de una taza de té, con el olor del brebaje que le servían a él: “... el aroma de aquella bebida divina no habría podido suscitar recuerdo alguno: semejante placer no había existido nunca. Por sus recuerdos, sea como fuere, aquel bebedizo embrujado no podría ser llamado de ninguna manera té [...] Las pastas sabían a jabón, a barro, a orines, a piel quemada, a nieve, a hojas, a lluvia, a huesos, a arena, a moho, a lana mojada de oveja, a esponjas, a ratones, a pescado, tenían el sabor único del hambre, del hambre [...]”

“El miedo y el hambre, la humillación, la impaciencia ciega y salvaje de fiera y una soledad feroz sí se han conservado. Sólo así quizá pueda conservarse la infancia misma [...]”

“Si después perdí algo fue precisamente la crueldad de la indiferencia. Pero más tarde y con dificultad, mucho más tarde. Pues más tarde me convertí en lo que se llama... un ser sensible”.

Manea fue tomando conciencia de escritor a golpes del destino. Después de un breve periodo de estabilidad y relativa abundancia en casa de sus parientes a su regreso a Rumania, empezó a sentir la asfixia de la mentira en la organización de jóvenes pioneros, de la que el futuro dictador Ceausescu era responsable. Varios cuentos suyos recuerdan

la atmósfera opresiva de esos años adolescentes, cuando empezó a ser señalado como “Judas” y él mismo se condujo con maldad. Manea evita cuidadosamente presentarse a sí mismo como víctima y afronta el hecho de que las dictaduras totalitarias envilecen a víctimas y victimarios.

Pero su tono no es de denuncia, sino íntimo: “Nos sumergimos en el descubrimiento que un niño hace de la vergüenza y la derrota”. El núcleo de la cuestión está en “la negativa de Manea a ser informativo, instructivo o didáctico [...] Lo que tenemos no es más ni menos que el estudio de una mente turbada, una mente que lucha por encontrar un mínimo sentido en su propia vida interior. Una tarea humilde, imposible. Simplemente darle sentido a la propia vida interior” (Robert Boyers, *Letras Libres*, 7/02/12).

Manea terminó sus estudios de ingeniería en 1959 y publicó su primer cuento en 1966. Pese a ser miembro del Partido Comunista entonces, su obra siempre estuvo sometida a censura por la dictadura de Ceausescu y es poco conocida. Manea admite sus propios errores de conciencia: “Como secretario de la organización comunista de mi instituto me vi obligado —bajo los auspicios de la rigurosa campaña de ‘vigilancia’ de ese periodo— a expulsar del grupo a tres estudiantes inocentes [...] Me quedé muy perturbado por lo que había hecho a estas personas absolutamente inocentes. Para mí fue un shock ideológico y una vergüenza moral”.

Su propósito literario es describir la vida estórida, falsa, doble y rutinaria bajo las dictaduras políticas, pero mientras vivió en Rumania lo hizo en estilo barroco, elusivo, como en clave. Describe la vida bajo la dictadura antisemita de Ion Antonescu como si estuviera hablando de la vida bajo la dictadura comunista y viceversa. En 1982 protestó públicamente contra la política nacionalista de la jerarquía comunista, lo que le valió ser acusado de “adversario de la línea del partido, cosmopolita y extraterritorial”. En 1984 la dictadura le anuló el premio de la Asociación de Escritores de Bucarest. Su libro más conocido de esos años es la novela *El sobre negro*, publicada primero en Bucarest (1986) y luego en Berlín occidental bajo los auspicios de editores y escritores muy reconocidos, entre ellos Heinrich Böll. En palabras del propio Manea, *El sobre negro* es un “libro difícil” pero no explica por qué. Acaso la dificultad está en que la trama (la investigación del protagonista sobre la desaparición de su padre bajo la dictadura fascista) resulta sofocada por la atmósfera, donde la banalidad de la vida cotidiana siempre está a punto de hacer estallar las reservas de ferocidad latentes en la sociedad rumana. La descripción de esa atmósfera es poética y poderosa, lo que le ha valido al autor ser comparado con Franz Kafka.

Manea empezó a ser conocido en el hemisferio occidental por la publicación de su artículo “Happy Guilt” en la revista *The New Republic* en 1991. Una bomba. En él expone la complicidad activa, fanática, de algunas de las mayores figuras e intelectuales y literarias rumanas con la dictadura antisemita y pronazi de Antonescu entre 1937 y 1941, entre ellos el destacado estudioso de las religiones Mircea Eliade y el escritor Emil Cioran, quien sigue teniendo muchos admiradores por la excelencia de su estilo.

Estos intelectuales fueron militantes de la organización de extrema derecha antisemita “La legión de hierro”, que cometió innumerables crímenes contra judíos en Rumania. Mircea Eliade escribió entonces: “¿Es admisible que el pueblo rumano acabe su vida [...] sumido en la miseria y la sífilis, invadido por judíos y descuartizado por foráneos?” Sobre la resistencia polaca a la invasión alemana en 1939, escribió: “La resistencia de ‘los polacos’ en Varsovia es resistencia judía. Sólo los judíos son capaces de chantajear poniendo a mujeres y niños en el frente para abusar así de los escrúpulos alemanes [...] En vez de una Rumania invadida de nuevo por judíos, sería mejor tener un protectorado alemán”.

Los legionarios fueron proscritos después que intentaron derrocar al régimen de Antonescu en 1941. Mircea Eliade dijo entonces: “Rumania no se merece al movimiento legionario”. Cioran vociferó: “La Legión se limpia el culo con este país”. Después de 1945, Eliade se deslindó del marxismo y el fascismo, pero se abstuvo de examinar su propio pasado, igual que Cioran, quien declaró: “De haber sido judío me hubiera suicidado”. A causa

de la publicación de “Happy Guilt”, Manea volvió a ser objeto de ataques racistas, esta vez apenas velados (“enano de Jerusalén” fue llamado desde la Rumania poscomunista. El artículo está incluido en el volumen *Pagayos* (2006).

El acendrado antisemitismo, la vida doble y la deshumanización de mucha gente en Rumania bajo el fascismo y el comunismo es un tema constante en la obra de Manea. Para estudiar la psicología social que precedió al fascismo encontró fuentes invaluable en las novelas de Johann Sebastian (*Hace dos mil años*, 1934) y de Edgar Hilsenrath (*La noche*, 1964), escritores adoptados por Manea como sus precursores, cofrades espirituales y maestros. Sobre la vida intelectual en Rumania, Sebastian dice: “Nada es serio, nada grave, nada verdadero en esta cultura de libelistas sonrientes. Sobre todo, nada es incompatible [...] La componenda es la flor de la violencia. Por eso tenemos una cultura de brutalidades y transacciones” (¿Suena familiar?). *La noche* de Hilsenrath describe el efecto moral del Holocausto rumano sobre sus víctimas, “que llegaron a convertirse en sus propios verdugos, deshumanizados por el hambre, las enfermedades y la desesperación”. *La noche* parece encontrar eco en *El sobre negro*.

La suerte de Johann Sebastian ha sido contada por Manea. Siendo amigo de Nae Ionescu, Mircea Eliade y otros intelectuales en la primera mitad de los treinta, Sebastian escribió *Hace dos mil años*, que propugna por un acuerdo entre cristianos y judíos. Sebastian pidió a Nae Ionescu desde París que escribiera el prólogo al libro, pero éste y el resto de sus amigos se habían vuelto antisemitas virulentos, miembros de la Guardia de Hierro. El prólogo de Ionescu resultó ser un ataque virulento contra su antiguo amigo. “¿No sientes cómo se apodera de ti el frío de las tinieblas?”, increpó a Sebastian, llamándolo Iosif Hechter, su nombre judío.

Sebastian contestó con el texto *Cómo me he convertido en Hooligan* (1935), donde describe la muerte del espíritu crítico como la muerte del individuo: “No soy un secuaz [...] No confío sino en el hombre solo, pero en él confío muchísimo”. La destrucción del espíritu crítico ocurre en “la zona gris y rutinaria, sus codificaciones, el registro bizantino de las complicidades y adaptaciones, moduladas tanto por las probabilidades de la muerte como de la vida: las traiciones y los compromisos, las alianzas dudosas, las complicidades, las falsas confraternidades”.

Otro personaje caro a Manea es Ana Pauker, la Pasionaria rumana. “Pauker optó por el ideal revolucionario a causa del antisemitismo rumano y, sin embargo, fue aniquilada por el antisemitismo de Stalin [...] Aquellos militantes judíos añoraban la justicia universal y la igualdad, y creían que el Manifiesto [Comunista] pondría fin a las persecuciones que sus ancestros habían padecido, pero se toparon con la misma actitud antisemita de sus camaradas comunistas”, escribe.

Para Manea, el periodo nazi de Rumania quedó congelado en la época comunista, “en el bizantino nacionalsocialismo carpato-danubiano recalibrado, disfrazado y regenerado bajo la égida del comunista Ceausescu”. Y sigue congelado en la Rumania poscomunista. Esa simulación es el objeto de las descripciones literarias y el blanco de las críticas políticas de Manea. En su autobiografía novelada *El regreso del Hooligan*, “El Hooligan [el gamberro] es la figura fanática e incondicional de la violencia, concebida por Mircea Eliade y otros teóricos fascistas que en no pocos casos, al emigrar de Rumania antes del régimen comunista, consiguieron rehacerse una virginidad en Occidente, y con los cuales Manea es implacable”. (Antonio Tabucchi, *Letras Libres*, 31/10/05).

El regreso del Hooligan también es el rechazo a las etiquetas simbólicas: “judío, alemán, rumano, víctima, militante, disidente —no atribuir a la emancipación ningún matiz heroico [...] distanciamiento de la mitología ‘identitaria’, panacea maravillosa de todas las ambigüedades, las contradicciones y las injusticias de la historia y la vida cotidiana”. Lo único que Manea recoge de su tradición judía es aquello que la hace universal y que en palabras de Albert Einstein es “Pasión por el conocimiento como tal, un amor a la justicia casi rayano en el fanatismo, una apremiante urgencia de emancipación personal —he aquí los rasgos de la tradición judaica que me hacen agradecer el destino de ser judío”.